

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON JULIO ALFREDO EGEA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JOSÉ MORENO ARENAS

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 3 DE DICIEMBRE DE 2007

GRANADA

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletras@hotmail.es
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr-2.547/2007
I.S.B.N.: 978-84-690-9049-7

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON JULIO ALFREDO EGEA

Lujos y miserias

Anecdotario de historias y prehistorias en
la poesía granadina a mediados del siglo XX.

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

EN el ámbito de esta Academia, compuesta por creadores y profesores de *buenas letras*, hay muchas personalidades de palabra más docta, más preparada que la mía, para realizar ensayos interesantes, como hemos podido ver y disfrutar con la serie de discursos ya pronunciados.

Pretendo irme por el camino de la anécdota, buscado por las estanterías de la memoria, ya abundante en registros por razón de los muchos años que llevo de vida en estos quehaceres. Me siento a escribir con humildes pretensiones, sin atreverme a juzgar el resultado. Quizá el resultado sea una extraña danza anacrónica en que saltan y se entremezclan temas y tiempos.

Advierto que mis gustos andan por la sencillez de lo cotidiano, procurando nimbar las circunstancias con el ejercicio del humor, quizá como instintiva defensa ante adversidades y desvalimientos de la vida.

Será por esto por lo que olvido con mucha facilidad los actos solemnes y mantengo en la memoria, para siempre, circunstancias o vivencias lúdico-esperpénticas aunque al exponerlas me arriesgue a sufrir un protagonismo en tropezón ridículo. Mi mejor risa es la risa sobre mí mismo, la provocada por mis muchos despistes y torpezas, o por el ridículo envoltorio de los entornos en que me vi metido en ocasiones.

Por todo esto, comienzo pensando en lo que pudiera tener la Academia de heredadas solemnidades y de artificio de formas, empezando por el chaqué. Ello me llevó al

recuerdo de anécdotas sobre mi uso de vestuarios solemnes, vividas a lo largo de la vida. Contaré algunas, empezando por aquel traje de primera comunión que tanto me hizo sufrir, en un lejano día de 1935. Me vistieron de almirante de marina, con galones y abundante botonadura dorada; sufrí mucho con las risas de los niños del pueblo que iban, en su mayoría, de marineros rasos. Tuve, en compensación, el gozoso asombro de ver por primera vez el mar, cuando me llevaron mis padres a Almería para hacerme la fotografía correspondiente. En la introducción a un poema de mi libro “Los Asombros” lo cuento: *“Me vistieron de marinero y me llevaron hasta la ribera del mar, desde una tierra de pastores, para fotografiar mi amistad con el ángel. Yo, entre ridículo y feliz, sin saber aceptar aquel almirantazgo, me arranqué los botones dorados y los lancé a las aguas para que jugaran los peces. Pero ya siempre me contarían las olas su antigüedad en naufragios y le añadiría al alma un friso de gaviotas”*.

TAMBIÉN TENGO OTRA HISTORIA relacionada, en este caso, con el chaqué, solemne vestimenta. Fue con motivo de mi boda. Las familias decidieron que nos casáramos de tiros largos, y mi madre me llevó al sastre para hacerme un chaqué. Me resistí inútilmente. Al atuendo se le añadió una chistera, prestada por un paisano amigo de mis padres, don Manuel Pérez Serrabona, que, creo recordar, por entonces era abogado de la familia de Federico G. Lorca.

La boda fue en Galera, pueblo de Patricia; mi mujer, y la comitiva, una vez aliñados novios y padrinos, salía de casa de la madre de la novia para cruzar el caserío en solemne andadura hasta la iglesia. Al asomar a la puerta para iniciar la marcha encontré a todo el pueblo esperándonos y creí oír un rumor de sorpresa, quizá de admiración; quizá de burla. Yo,

tímido y azorado, llevaba la chistera entre las manos y la hice volar hacia el interior de la casa, sobre la cabeza de los invitados que nos seguían. También hay un testimonio poético por mi obra, en un poema del libro “El vuelo y las Estancias” que comienza así: *“Empezó la película / interpretando amor bajo los tules / para la concurrencia. / Desfilamos vestidos de extraña indumentaria / por una larga calle, buscamos en Dios mismo la razón de la dicha, / tiramos la chistera, los -satenes suntuosos, / las sortijas inútiles... Logramos ser nosotros, / con nuestra piel tan sólo y el fulgor de los besos”*.

Pasó el tiempo y el chaqué quedó olvidado en un armario de la casa del pueblo, y un día –uno de esos días de otoño en que solía salir en cacería solitaria– buscaba y no encontraba para ponerme algo más ligero que una pelliza, ante un tiempo cambiante. Tuve la ocurrencia de ponerme el chaqué. La cacería fue un éxito; se levantó un fuerte viento que hacía flotar y agitarse violentamente los faldones..., y creo que las perdices asustadas permanecían escondidas quizás creyendo se trataba de algún tipo de aves rapaces, aguantando mi llegada hasta proximidades propicias para el tiro de escopeta. Fue una extraña cacería llena de éxitos. Llegado el verano mi abuelo Juan, al que había contado el suceso, me propuso instalar junto a la era –en que se trillaba y aventaba la cosecha– el chaqué debidamente colocado sobre un armazón de cañas, para que sirviera de espantapájaros, pues enormes bandadas de gorriones mermaban impunemente los grandes montones de cereal. Así se hizo, colocando el artefacto sobre una hacienda. Un viento casi permanente tenía en movimiento a los faldones, y huyeron los pájaros lanzando exclamaciones de terror. ¡Qué gozo el de mi abuelo! Pasados unos días, los inteligentes gorriones, tras un tiempo de observación desde

árboles próximos, cayeron en el engaño y fueron aproximándose con cautela hasta tomar como reposadero los hombros del chaqué, y desde allí volar felices, con un canto burlón, hasta el dorado manjar de las parvas de trigo, aprovechando el alejamiento buscando descanso, del personal de la era.

PARA ACABAR ESTA PARTE del discurso sobre mi experiencia en vestuarios, contaré alguna anécdota de mi larga vida en aventura de esmoquin.

Ya dijo nuestro compañero Rafael Guillén algo en su libro *Tiempos de vino y poesía*, sobre su concurrencia a certámenes literarios, que se convocaban por toda España, sobre todo a partir de los años sesenta, para poder pagar su primer piso.

Por esos tiempos Rafael y yo llevábamos vidas paralelas, con frecuencia convergentes, vestidos de esmoquin. Nos comunicábamos experiencias para conseguir, por turno, los mismos premios, o acudir juntos cuando coincidían nuestros éxitos en la misma ciudad o pueblo. Yo también tenía que pagar la casa en que vivía, el coche que necesitaba, y ayudarme en los fracasos de mis principios de granjero, pues ya explico en mis libros a través de relatos biográficos, sobre todo en “La Rambla”, que renuncié a vivir de nada que estuviera relacionado con la abogacía, buscando libertad y tiempo, huyendo de oficinas y jefes, para dedicarme con las menos ataduras posibles a mis pasiones vocacionales: leer, escribir y viajar. Los amigos decían que lo del negocio de la granja de pollos lo inventé para poder presumir diciendo que vivía de la pluma. Lo cierto es que cuando una epidemia azotaba los pollos, o bajaban los precios por exceso de oferta, tenía que aplicarme, sin apenas dormir, a golpe de soneto, acudiendo a los premios literarios. Sobre todo fueron dos décadas muy intensas, dando lecturas, por unos u otros moti-

vos; hasta aquí, en este paraninfo llegue a recitar en dos ocasiones, por razones de amistad; no soy nuevo en esta plaza, pero eso son otras historias...

Volviendo a hablar de ese común quehacer, con Guillén, diré que coincidimos o buscamos coincidir muchas veces. Viajes felices y hasta –un detalle– lo incité a que pusiera un negocio de gallinas ponedoras, y lo inició, aunque no traspasó los límites de solucionar la demanda de tortillas familiares, o de atender a veces con una parte de aquella producción de huevos –que podríamos llamar huevos líricos– a una corta clientela de poetas, como por ejemplo Jenaro Talen.

No me avergüenzan aquellos trabajos o aventuras, a vecesseudoliterarias, a las que ibas con poemas de libros que tenías en marcha, si el tema era libre, o con poemas de encargo o tema impuesto, que durante el viaje de regreso dejabas volar por la ventanilla del coche.

En aquellos viajes podías estar, por ejemplo, unos días en Toledo, paseando del brazo de la Duquesa de Osuna y cenando en un salón del Hospital Tavera, junto a don Gregorio Marañón (hijo), rodeado de cuadros del Greco, cuyos personajes parecían observarte desde las paredes, como estabas en Évora, ganador de un concurso convocado por el obispo con motivo de un Congreso Gitano, durmiendo en una tienda de campaña, al calor de una familia zíngara, se Hungría... No me avergüenzo de aquellos tiempos, no eran comportamientos hipócritas, los temas impuestos eran nobles y los desarrollabas por oficio en verso libre o en aceptables sonetos y, a veces, cuando eran adelantos de tus libros en marcha te servían para medir la posible eficacia de oferta de sugerencias que hacías con tus versos a la gente. Te daban ocasión de conocer a España por ciudades

y pueblos, también provocaban algún primer viaje al extranjero, te servían para publicar libros, conocías a muchos poetas importantes, ganabas amigos... Y mucho esmoquin, casi siempre con esa prenda de media solemnidad, eso sí.

CONTARÉ LA ANÉCDOTA DE MI PRIMERA actuación con ese riguroso vestir... Llegué a Orihuela citado para la celebración de la Fiesta del Azahar, en donde acababan de concederme la flor natural. Novicio en esos menesteres no sabía nada de la obligada etiqueta y, cuando los organizadores se enteraron que no llevaba el vestuario de rigor se apresuraron en buscármelo. Era el esmoquin de un médico aficionado a fiestas de sociedad, con el problema de tener una talla mucho menor que la mía; era algo flaco y bajito. Cuando me presenté de prisa y azorado en el lugar de cita (el Teatro Circo, se llamaba) con el pequeño esmoquin desabrochado y las mangas casi a medio brazo, oí un discreto susurro de sorpresa entre la nutrida concurrencia que llenaba el recinto, gentes vestidas con todo lujo para la ocasión, autoridades, la reina y sus damas... Subí al escenario con decisión, intentando darle naturalidad a mi presencia, y se alivió un poco mi estado de ánimo al quedar semiescondido por grandes ramos de flores de azahar que llenaban el escenario. Declamé mis consabidos sonetos dedicados a la delicada flor de los naranjos, y me animó un gran aplauso que parecía sincero.

Habían llevado como mantenedor de la fiesta a don Jesús Suevos, personalidad sobresaliente en aquellos tiempos históricos, primer teniente alcalde por entonces del Ayuntamiento de Madrid, que dio un florido discurso sobre bellezas alicantinas de la ciudad y la hermosura aromada de

sus campos. Cuando estaba bajando del escenario ya se organizaba una comitiva que tenía yo que encabezar, con la reina de la fiesta cogida de mi brazo, a medio cubrir por la manga. Era de precepto salir a la calle en comitiva hasta el Casino de la ciudad, en donde –según costumbre–, el poeta premiado y la reina tenían que iniciar el baile, ejecutando solos en el centro de la pista el “vals de las olas”. Ya en el recorrido por la calle temblaban mis piernas sabiendo lo que me esperaba. Aparte de ser un mal bailarín, las mangas del esmoquin se me irían hasta el codo en las evoluciones de la danza, y los botones no resistirían los bruscos compases del baile. Al llegar al Casino, buscando mi cabeza soluciones para salir de aquella situación, pensé en el mantenedor, don Jesús, que era un caballero elegante, presumidillo y bien vestido, rogándole iniciara él la danza. –De ninguna forma, me dijo, eso es privilegio del poeta–. Me faltó ponerme de rodillas y llorar. Le confesé mi problema al oído, pude convencerlo. Cuando comenzó el baile y don Jesús danzaba majestuoso con la bella reina, yo me escurría por entre la gente para irme al bar y quitarme el sofocón con unos tintos.

Al regresar a Granada, me apresuré en ir al sastre para tener un esmoquin en condiciones y hacerle frente a todo lo que se presentara.

TODAS ESTAS RIDÍCULAS HISTORIAS se me vinieron a la cabeza al ser nombrado académico, pensando en mi aversión al vestuario suntuoso, a las solemnidades, y a los indudables puntos de unión en superficialidad que podrían encontrarse entre mi largo anecdotario de lujos y miserias que con frecuencia irrumpieron dentro de la profunda razón de vida que ha supuesto para mí este quehacer literario que ocupa ya más de medio siglo de mi existencia.

No quiero olvidarme de aclarar que llevaré con dignidad y orgullo este chaqué y prometo que nunca acabará en espantapájaros. Acepto que vestirlo en actos solemnes es un detalle de respeto a una tradición, un recuerdo por nuestros compañeros académicos, de academias famosas, que a través de siglos colaboraron de manera especial para ir puliendo travesuras del idioma y dejando la palabra cada vez más limpia y hermosa.

DOY UN SALTO ATRÁS EN MIS RECUERDOS, y empiezo por donde quizás debí de empezar, en vez de solazarme en esos temas de vestuario a través de mis tiempos..., contando mi anecdotario de miserias en mi niñez, larga adolescencia y primera juventud, atravesando el gran desierto de la poesía granadina desde la inmediata posguerra, la larga década de los cuarenta y el largo periodo de los cincuenta, hasta la llegada de *Versos al aire libre*, verdadero inicio de aurora hacia tiempos mejores.

No deseo hacer un relato de pequeñas islas culturales, peñas o círculos, que surgían y desaparecían rápidamente, revistas de un solo número, unos pocos intentos que quedaban en nada... Hay noticias, por libros y artículos, de todo ello. Sólo contaré algunas de mis experiencias, empezando por una edad inocente, desde que, en Chirivel empecé a sentirme poeta siendo niño, sin saber muy bien de lo que se trataba. Mis padres adivinaban algo y mi madre me leía versos de Gabriel y Galán; una antología de este poeta era el único libro que había en la casa. Mi padre me recitaba algunos romances moriscos, fronterizos, que sabía de memoria. Cuando aprendí a escribir garabateaba malos versos sobre flores y pájaros; después, en plena guerra, sobre el descubrimiento de la crueldad, con noticias transmitidas a media voz por los mayores, sobre los muchos crímenes que se estaban

cometiendo por toda España. Un día llegó a mis manos otro libro, “Romancero Gitano”, de Lorca, en edición hecha en Valencia. ¡Qué descubrimiento! Me enteré bien de lo que eran las metáforas, que yo ya las escribía pobremente, sin saberlo.

Recién acabada la guerra mi madre –valiente y emprendedora– decide que nos trasladáramos a Granada; ella trabajaría como modista y, después, en alternancia como profesora de Corte y Confección en la Escuela de Artes y Oficios.

Pasado el verano del 39 llegamos a esta ciudad, que sería para siempre nuestra segunda tierra. Una excelente maestra, prima de mi madre, me había dicho: –En Granada aprenderás mucho y conocerás a poetas–. Esto hizo que se forjara en mi una ilusión secreta.

Empezamos nueva vida en un piso de la Plaza de la Trinidad, y me llevaron al colegio de los escolapios que había en la Calle de Buen Suceso, próximo a nuestra vivienda. En el colegio y con esas edades, claro está, no podía haber ningún ambiente literario, pero el padre Manuel, que era el profesor de Lengua y Literatura, descubrió mi interés por la poesía, aunque después pude saber que sus gustos y conocimientos habían quedado anclados en el Modernismo. El padre Desiderio, profesor de latín, acostumbraba a lanzar preguntas que, con frecuencia, casi nadie sabía contestar. En estos casos ponía a toda la clase en pie, con un brazo tendido y la mano cerrada en puño, para ir golpeando los nudillos con una caña de bambú. Yo, en desacuerdo con el sistema, a veces tenía el valor de apartar la mano bruscamente para que se diera en las rodillas, y lo peor fue un día en que aceptando el castigo se me cayó del puño un papel, y creyendo era una chuleta orientativa me la arrebató, comprobando que eran unos pobres versos que había escrito a escondidas, ridi-

cularizando su persona. Ya siempre me suspendió, año tras año –pues se unía a esa circunstancia el hecho de ser yo un mal estudiante–, fastidiándome las vacaciones, en que tenía que dar clase con el cura de mi pueblo para aprobar milagrosamente en septiembre. Por todo eso llamaron a mi padre, para manifestarle mi falta de atención y mi actitud rebelde.

Nos entregaban una papeleta todos los meses, con el importe del mes, para que la lleváramos a nuestros padres, un recibo firmado por el secretario: Luis Rosales. El padre Manuel me dijo que era poeta y me dio unos versos navideños suyos. Empecé a admirar a Luis Rosales, aunque nunca lo veía, y creo estando ya en Madrid seguía figurando su firma en los recibos, estampada con un sello.

Prepararon un acto –fiesta de homenaje– para el día del Rector, y algunos conocedores de mi afición pensaron hiciera un poema alusivo y lo leyera ante todos. Lo hice, con el padre Manuel complacido, y empezaba así: *“El pecho lleno de emoción / venimos todos a exclamar / más que de voz de corazón / padre rector, felicidad”*. ¿Cómo pueden guardarse en la memoria de la niñez algunas tonterías? Lo cierto es que fue mi debut en Granada, y que aquello me sirvió para que se me mirara con algún respeto. ¡Qué miseria...!

ALGUNOS AMIGOS ME LLEVARON al Frente de Juventudes; pertenecer a la *organización* suponía el poder tomar parte en excursiones campestres, ampliar el número de amigos... Hicimos una gira a Fuente Vaqueros, y allí se organizó un recital poético en el que intervino José Carlos Gallardo, con unos versos tan malos como los que yo escribía. Este era mi primer encuentro con uno de los que iba a tener por compañero, años después, en *“Versos al aire libre”*.

En todo aquel día de excursión pasado bajo la delicia de una alameda, no se nombró a Federico. ¿No sabría la mayoría de compañeros que allí había nacido el poeta? En aquellos tiempos... Yo volví feliz, había encontrado al que sería uno de mis grandes poetas amigos, José Carlos.

Días después participé en una marcha a la sierra de la Alfahura, con compañeros del colegio, ya cesado en la Organización Juvenil –en la cual duré poco–, y al pasar por Alfacar entramos en un bar a tomar unos refrescos. Se nos acercó un hombre mayor y, no sé por qué, empezó a hablarnos a media voz de los crímenes de Víznar, y nombró a Federico. Mi impresión fue enorme, y al seguir la marcha y pasar por un olivar, casi a escondidas, besé la tierra. Volví muchas veces por aquel territorio del crimen, y empecé a visitar en solitario la Huerta de San Vicente; tomé confianza con Evaristo, que era el casero. Me enseñaba las habitaciones; en un estante había ejemplares de “Impresiones y paisajes”, quizá el único libro que había en la Huerta, y yo intentaba llevarme uno, pero Evaristo, me vigilaba y lo impedía.

Era increíble la falta de libros..., la imposibilidad de conocer a los poetas del 27. Ni siquiera a Machado o a Juan Ramón. Don Manuel Pérez Serrabona me regaló y dedicó una antología de Lorca, publicada por la editorial “Alhambra,” Madrid (1944). Me la dedicó diciendo sentía no pudiera dedicármela su amigo el poeta. También me enseñó en esta ocasión la carta que le había escrito un editor inglés pidiéndole mediara con la familia para poder hacer una traducción del “Romancero gitano”. Esto me causó mucha risa, pensando en la resurrección de Antofñito el Camborio hablando en inglés.

Decían que esta primera antología, publicada en Madrid, salía muy cortada por la censura. Para mí fue un tesoro, el gran descubrimiento fue el “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”.

ALGUIEN ME LLEVÓ A LA SEDE de la Congregación de Los Luises, en los Jesuitas, allí conocí a Miguel Ruíz del Castillo “Miguelón”; era el segundo encuentro con otro de los que formaríamos “Versos al aire libre”. En el pequeño teatro de la Congregación hice una lectura poética compartida con él. La estancia en Los Luises fue positiva; era uno de los pocos sitios en que se podía hablar con alguien interesado por el teatro, la literatura... Allí conocí a muchos amigos, entre ellos a José Tamayo, que quiso incorporarme al teatro universitario “Lope de Vega,” que él dirigía.

Intervine en dos representaciones: en “Romeo y Julieta” como comparsa –criado de Julieta– que se representó en el patio del Palacio de Carlos V, y después con un corto papel hablado en “El mercader de Venecia”, representada en el Teatro Cervantes, en el Corpus de 1946. La falta de vocación como actor, junto a mi poca disciplina para acudir a los ensayos, y otras circunstancias de mala suerte, hizo que me retirara de tal actividad.

A DURAS PENAS iba encontrando, juntando algunos libros de los clásicos, y los iba guardando en un pequeño cajón. Para trasladarnos en vacaciones a Chirivel, a veces íbamos en viejos coche que compraba mi padre, a los cuales había que empujar un par de kilómetros para que empezaran a andar; otras nos trasladábamos en camiones de Chirivel que hacían la ruta hasta Granada, ida y vuelta, dedicados al estraperlo. En uno de aquellos viajes, con mis hermanos apiñados en la cabina junto al camionero, dejando nuestro escaso equipaje –entre el cual estaba mi cajón de libros– en la tra-

sera del camión, entre balas de tabaco de la Vega y otras cosas que escaseaban en el pueblo. Los viejos camiones subían fatigosos, en lenta marcha, por las pronunciadas cuestas del Molinillo, y era frecuente que subieran a la caja los maquis, que al parecer abundaban por allí, y robaran parte de las mercancías. En aquel viaje, entre otras cosas, se llevaron mi cajón de libros, quizá creyendo que eran chorizos..., algo nutritivo. Pensamos en la decepción que sufriría aquella gente huída, quizá no mayor que mi sufrimiento, pues quedaba de nuevo en la mayor pobreza literaria. ¡Cuánta miseria!

MI PRIMERA INTEGRACIÓN en un grupo o peña fue en 1945, formada en Granada, como en muchas ciudades de España, bajo el aliento del semanal madrileño “Domingo”. Nos reuníamos en la cervecería Mäier, situada en una pequeña calle entre Zacatín y Reyes Católicos. Leíamos nuestros versos, se mostraban cuadros, hacíamos proyectos... Allí nació la revista “Sendas”, con el propósito de sólo publicar poesías inéditas de autores noveles. Su director fue el principal promotor, F. del Darro, que en realidad se llamaba Francisco Rico. Creo su idea, desde el principio de la publicación, era correr el riesgo y hacer realidad la ilusión de conseguir un homenaje a Lorca; quizás por eso tomó un seudónimo, y perdió el interés en continuar la publicación una vez realizado el homenaje. La revista salía por estaciones; comenzó en el otoño del 45 y el cuarto número, dedicado a Federico, fue el correspondiente al verano de 1946, al cumplirse los diez años del asesinato del poeta. A mi, como redactor jefe se me informaba de todo, pero nunca me dijo Francisco Rico como había conseguido el permiso. Eso fue cosa suya, y sólo nos dijo que era mejor guardar silencio sobre ciertos detalles, porque una anticipada publicidad

podía dar al traste con el proyecto. Prometimos a los responsables de la censura que se tirarían sólo cincuenta ejemplares numerados, aunque creo salieron más de trescientos. Era mucha la gente que nos pedía la revista y nos entusiasmos en el reparto hasta el límite de apenas quedarnos con unos pocos ejemplares.

El director, F. del Darro, publicaba, como introducción, una emocionada Ofrenda al poeta. Los trabajos, en verso o prosa, eran de componentes de la peña, o de otros autores solicitados por el director. Sus nombres son: Francisco Fábrega García, Maruja García, Pascual González Guzmán, Julio Alfredo Egea, Luis G. Arcas Lorite, Cayo Tristaniello, Antonio Gallego Morell, Manuel Benítez Carrasco, Ramiro D’Javer, Luis Hernández, José Gallardo Zapata (así firmaba entonces José Carlos), Miguel Cruz Hernández, V. San Choclán y Daniel Zegrí. Las dos páginas centrales estaban ocupadas por un poema inédito de Federico que nos dio para el caso el pintor y dibujante Garrido del Castillo.

Faltan algunos nombres de colaboradores que tomaron parte en los primeros número de la revista, como por ejemplo el de Gregorio Salvador o el de Eusebio Moreno de los Ríos, supongo que por estar fuera de Granada por ese tiempo. Los poemas, en su mayoría, eran imitación del *Romancero gitano*.

Casi en todos los trabajos se hacía alusión a su muerte, aunque sin aclarar nada de las circunstancias. El poema de Miguel Cruz Hernández –escrito en versos alejandrinos– resaltaba algo en ese sentido: Algunos versos: “*Te sentimos, hermano, prisionero en las rosas, / escuchamos tu canto en lánguidos laudes, / mientras tanto charol se pudre ya en las fosas, / hipócritas sepulcros de negros ataúdes*”. Claro está que estos versos hacía referencia a la Guardia Civil, y mucho después supi-

mos que la G. C. no había tenido nada que ver... Lo que pasaba es que en la primera década de la posguerra, en las opiniones en voz baja, cambiaban con frecuencia el nombre de los culpables y las motivaciones del crimen. Hubo un primer tiempo en que imperaba la teoría de que movió a los culpables la homosexualidad del poeta; cuando salió “Sendas” había otra opinión, también equivocada, se culpaba a la Guardia Civil...

En realidad el valor literario de la revista no era importante, la mayoría de los colaboradores no teníamos una voz propia digna de mención, por esos tiempos. Pocos entre los participantes íbamos a tener una labor literaria continuada a lo largo de la vida. Con ese número cuatro acabó la revista, a pesar del éxito que tuvo; creo que por haber logrado el director lo que pretendía desde el principio, hacer aquel humilde, pero difícil de conseguir, homenaje a Lorca. Poco tiempo después, un miembro de la peña, José Sánchez Merino, que escribía bajo el seudónimo de Cayo Tristaniello, con mi ayuda y colaboración, intentó establecer la publicación de dos revistas: *Avellano* y *Sonatada*, en atención a trabajos en prosa y verso. No pasaron del primer número.

La historia de la poesía granadina, posterior a Lorca comienza con *Versos al aire libre*, en marzo del 53, con un recital conjunto, de casi todos los que ya íbamos a formar el grupo, en la Casa de América. Así lo dijo Rafael Guillén en su discurso de entrada en esta Academia y así lo reconocen todos los tratadistas del tema. En ese año acabé la carrera de Derecho, habiendo tenido por compañeros de curso a los poetas Luis Jiménez Martos y Vicente Núñez, y al novelista en ciernes –madurando en la clandestinidad y el silencio– Felipe Romero Olmedo. Los tres murieron. Mucho aprendimos unos de otros. Quedo yo sólo para contarlo, como para contar tantas cosas...

También, como actividades paralelas, más importantes, a mediados de esa década publicó Antonio Gallego Morell su estupenda revista: *Molino de papel*, y quedaría cumplida la tarea de *Ediciones Cam*, llevada a cabo por Arostegui, Catena y Molina Fajardo, con la excelente colección *La nube y el ciprés*. en la que publicó Rafael Guillén su primer libro. En ese mismo año, 1956, salió el mío y en años sucesivos los de Gallardo, Elena y Guevara. En las reuniones en el Albaycín, en la Casa de América, exposiciones en el Liceo de Poesía Ilustrada... etc, iban consolidándose amistades y forjándose las voces de los que continuaríamos en la tarea poética, con más o menos intensidad durante toda la vida.

Tiempos difíciles y felices en tránsitos de una juventud desconcertada. La alegría de empezar a recibir revistas de toda España, humildes de edición pero acogedoras, y encontrando en ellas, de vez en cuando voces importantes, de compañeros que serían grandes poetas. Se abrían a nosotros revistas de Madrid... Recuerdo estar transitando por la calle de Reyes y oír a José Carlos gritarme desde la acera de enfrente: - ¡Julio, qué hoy venimos en *Poesía Española!* También me llegaban malas noticias epistolares, en mis estancias en Chirivel: la muerte de Pedro Bargeño, de García Sierra..., una redada de la policía en una noche de las que nos reuníamos en el estudio del pintor Juan Manuel Burgos –ilustrador de la portada de mi primer libro– denunciados por ser gente de mal vivir –quizá homosexuales o comunistas, pensaba la policía–, empezando todo en una terrible noche de calabozos. Yo no estaba, pero enseguida me contó Guevara y Guillén el triste episodio, en sus frecuentes cartas. Me decía. Guevara:

“...¡qué suerte has tenido en no estar por aquí!” Fue en el verano del 57, y todavía en el 58 seguían los sufrimientos. En marzo del 57 me decía Pepe: “Nuestro asunto está parado ahora, lo tienen en el Juzgado..., pero ya más que odio siento repugnancia y desprecio por seres tan perversos que se llaman hijos de Dios”. Y en otra carta: “Me afecta el procesamiento, y cualquier día me disparo y me encierran para rato, cuando me acusan de lo único que *no hay dios* que puedan acusarme”... En estos tiempos, ya se sabe, se sospechaba de las reuniones de poetas, y más en un estudio privado. ¿Qué harían y de que hablarían?

Por estos años ya me iban llegando libros de poetas prohibidos. Pepe Guevara recibía algunos, de unos familiares que tenía en Méjico, y me los prestaba.

La historia de la poesía granadina, que tuvo sus albores en el 53, con su continuidad bulliciosa en *Versos al aire libre*, adquirió firmeza al publicarse el primer libro de la colección “Veleta al Sur”, “*Antología de la actual poesía granadina*”, con los que, de una manera u otra, tendríamos una continuidad en la labor literaria.

Rafael Guillén, la amistad infinita, creciendo en voz personal dentro de la sucesión de sus libros, en sabiduría y sensibilidad hasta alcanzar novedad, hondura y sutileza, traspasando los límites de los temas eternos. Elena, aquella suave tristeza orlada de amarillos de Otoño, la dulce tristeza de su melancolía. Pepe Guevara, desde versos de profunda raíz vallejiana hasta el ingenio sin límites, sabiendo desplegar su ironía bajo un camuflaje de caretas festivas. José Carlos Gallardo, al que acudíamos a consolar al hospital de San Lázaro, cuando cada mañana amanecía con algún hombre muerto en vecindad de camas próximas a la suya, haciéndolo-

le escribir, con trágica belleza, su gran libro: “Hombre caído.” Con el Padre Gutiérrez Padial no me encontraba nunca, y las pocas veces que lo veía, siempre me disculpaba de no haber acudido a alguna misa en el Hospital del Refugio o en Santa María de la Alhambra, con motivo del día de San Juan de la Cruz o de la entrada de la primavera. Miguel Ruíz del Castillo “Miguelón,” máximo soñador de empresas líricas, sin apenas tiempo para escribir por andar perdido en su bosque de sueños, cautivo, absorto en el latido de la vida. Quiero ir terminando con este homenaje a ellos, a mis compañeros de antología. Éramos siete (número entre prestigio y cábala, ya se sabe...), y de mi se decía en la introducción: “La sólida amistad: Julio Alfredo, llegando, de repente, trayéndose el aire y la plaza de su pueblo en los bolsillos.” La amistad, lo más hermoso que ha podido darme la poesía, y el aliento de mi raíz almeriense junto al amor a Granada, llenando siempre los innumerables bolsillos del alma. ¿Qué recordar de Paco Izquierdo? Pensar en él es trenzarse la admiración y el dolor en el corazón y en la mente. La mayor ilusión de su vida fue, no hay duda, la de crear esta Academia para Granada. Se iniciaron gestiones... Volvía yo del pueblo y me lo encontraba. Le preguntaba: Paco ¿cómo va lo de la Academia? Siempre contestaba: Desesperante. La tardanza en responder a solicitudes y súplicas lo impacientaba a veces, aunque sin restar ni un ápice de ilusión. Un día feliz Rafael me da la noticia, y también la escucho de sus labios, por teléfono: ¡Ya tenemos Academia! Y tan cerca la Muerte...

Muchas gracias.

JULIO ALFREDO EGEA

Chirivel (Almería), 1926

Julio Alfredo Egea ha desarrollado gran parte de su labor literaria dentro del ámbito granadino, desde sus inicios, en donde ha vivido y sigue viviendo gran parte de su tiempo, alternando con sus estancias en Almería y Chirivel, su pueblo natal. Ha dado numerosos recitales por toda España, Portugal y Argentina. Poemas suyos han sido traducidos a diversos idiomas. Gran parte de sus poemas y relatos han sido publicados en antologías y revistas especializadas. Sus obras más representativas son:

POESÍA

Ancla enamorada. Edición de autor, Granada, 1956.

La calle. Colecc. “Veleta al Sur”, Granada, 1960.

Museo. Colecc. “Alcaraván”, Arcos de la Frontera, 1962.

Valle de todos. Editora Nacional, Madrid, 1963.

Piel de toro. Colecc. “Veleta al Sur”, Granada, 1965.

Nana para dormir muñecas. Editora Nacional, 1965.

Repítenos la aurora sin cansarte. Colecc. “Adonais”, Madrid, 1971.

Desventurada vida y muerte de María Sánchez. (Premio “Ángaro” y Premio “Ciudad de Palma”). Colecc. “Ángaro”, Sevilla, 1973.

Antología Poética (1953-1973). Con estudio-prólogo de Arturo Medina. Caja de Ahorros de Almería, 1975.

Cartas y noticias. (Premio Tomás Morales). Cabildo Insular de Gran Canaria, 1973.

Bloque Quinto. (Premio “Polo de Medina”). Diputación de Murcia, 1976.

Sala de espera. (Premio “Ceuta”). Colecc. “Genil”, Diputación de Granada, 1983.

Los Regresos. Editorial José M^a Artero. Almería, 1985.
Segunda Antología Poética (1973-1988). Con prólogo estudio de Juan José Ceba . Caja Rural de Almería, 1990.
Voz en clausura. Antología de sonetos. Colecc. Alhucema, Almería, 1991.
Los Asombros.(Premio “Juan Alcaide”). Edicc. “Amigos de Juan Alcaide”, Valdepeñas, 1996.
Desde Alborán navego. Colecc. “Melibea”, Talavera de la Reina, 2003.
El vuelo y las estancias. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, 2003.
Fábulas de un tiempo nuevo. (Premio José Hierro). Universidad Popular José Hierro. Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes, 2003.
Asombros traducidos. Libro antología y CD con la voz del poeta. Colecc. “Ficciones”, Granada, 2003.
Tríptico del humano transitar. Prólogo de Antonio Garrido. Edición facsímil de “La Calle”, “Desventurada vida de M.S” y “Bloque Quinto”. Instituto de Estudios Almerienses, 2004.
Legados Esenciales. (Antología de Herencias). Prólogo de Francisco Gil Craviotto. Ayuntamiento de Granada, 2005.
Arqueología del trino. Instituto de Estudios Almerienses, 2006.

NARRATIVA

La Rambla. (Antología biográfica). Biblioteca General del Sur. Caja General de Granada, 1989.
El sueño y los caminos. (Antología de cuentos). Instituto de Estudios Almerienses, 1990.
Puesto de Alba y quince historias de caza. Almería, 1996.
Alrededores de la sabina. I. de E. Almerienses, 1997.
Sastre de fantasmas. Arráez Editores, Mojácar, 2005.

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON JOSÉ MORENO ARENAS

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

EN más de una ocasión y siempre dejando entrever intenciones más que aviesas, se me ha preguntado qué se hace en la Academia, a qué ocupaciones nos dedicamos quienes pertenecemos a ella, qué finalidad persigue la institución. Las facciones de los interrogadores traslucen siempre una sonrisa más delatora que de curiosidad, y eso los aproxima a uno de los siete pecados capitales, por cierto, el que no corre peligro de extinción en la fauna ibérica. ¿Lo conocen...? ¡Efectivamente! Ese mismo que están pensando. ...Y no hay nada que fastidie más a quien quiere saber para seguir en pie de guerra que contestarle a la gallega (es decir, con otra pregunta) o con una evasiva (los cerros de Úbeda pueden adivinarse; están casi en el horizonte). Pero hay respuestas evasivas con un poso de verdad tan extraordinario que en sí mismas justifican la contestación: Ser miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada me ha permitido conocer en profundidad a otros compañeros, a los que con casi toda seguridad ese halo caprichoso que domina nuestras idas y venidas me habría negado la oportunidad de conocerlos. Es el caso de Julio Alfredo Egea, a quien no habría tenido el placer de acercarme –estoy absolutamente convencido de ello: convencido y avergonzado, pero es la verdad–, pues nos movemos en ondas literarias distintas y el encuentro habría sido –más que una casualidad– un milagro. ...Y me habría perdido, además de a un poeta de primera fila, a un hombre bueno, de generosidad desmedida y con un sello inusual en el poblado ejército de emborronadores de cuartillas en blanco que pululan por los cafés de esta ciudad de pasado color carmesí: la humildad. Sí; Julio Alfredo Egea es un hombre extremadamente humilde, una cualidad que habita en las almas sensibles.

No quiero que se me malinterprete (el acceso a la Academia de Buenas Letras de Granada se lleva a cabo de la mejor forma de las conocidas: por votación, y además secreta), pero una de las grandes “adquisiciones” (o “fichajes”, que diría el muy extenso mundo pelotero) es la de este hombre amante de la sencillez en lo cotidiano y de amplia sonrisa; sonrisa que por un lado destila una ingenuidad casi insultante y un candor más que pasados de moda para una sociedad de trepas que no conocen otra ley que no sea la de abrirse paso a codazos buscando el centro del éxito y dejando cadáveres literarios a derecha e izquierda (valga como ejemplo, dicho sin la más mínima intencionalidad política); y por otra asoma de soslayo un fino humor, un humor nada convencional, un humor que casi descoloca a quien camina por la vida de la mano de una lógica justificada en el propio provecho y en el “tiro indiscriminado hacia todo lo que se menea”, pues al tener capacidad autocrítica, al saber reírse de sí mismo, está revestido de autoridad moral para reírse de todo.

...Y es que su calidad humana lo lleva a hacernos partícipes de los aspectos positivos de las miserias de su “carro ambulante” por los polvorientos caminos de una España de pandereta, porque su currículum –sin duda, de gran poeta– se forja con un calendario de luces y sombras, hojas que le han reservado días de gloria literaria y otras de momentos vividos para el encargo más inimaginable. ¡Cuántos campos sembrados de poesía lanzada por la ventanilla del “carro ambulante”! ¡Cuántos campos sin cosechar letras garabateadas en columnas rimadas! ¡...Y cuántos sonetos sin aventar!

Aunque almeriense, de Chirivel, Julio Alfredo Egea tiene reservado un puesto de honor en la historia de la poesía granadina poslorquiana. No sé si será exageración o atrevimiento –creo que no– afirmar que los autores que componían aquel grupo –“Versos al aire libre”– tienen un doble currículum: el personal, biografía individual pergeñada golpe a golpe y verso a verso en la soledad necesaria para el creador; y otra que podría denominarse colectiva, naci-

da como consecuencia de los lazos que unían a los poetas integrantes de ese grupo, hoy referencia inexcusable para entender la poesía de toda una época granadina. Este segundo currículum, que lógicamente cada autor incorpora al suyo personal, no es producto de una mente enrevesada o con vocación de inventar por inventar, sino que se apoya en la existencia de ese cordón umbilical que mantuvo unidos a los siete (por cierto, como reconoce el propio Julio Alfredo Egea, número cabalístico) y por el que se alimentaron en grupo de las ideas, ocurrencias, creaciones, conceptos, etcétera, de los demás. Muchos de sus poemas deben su origen y otros su desarrollo, precisamente, a esa ilusionante y profunda intercomunicación que los mantenía unidos. ... Y como soy hombre de teatro, y especialmente amante del teatro dentro del teatro, no puedo resistirme a decir “de la biografía dentro de la biografía”.

Así pues, no puedo hablar de Julio Alfredo Egea sin tener presentes a Rafael Guillén, Elena Martín Vivaldi, José García Ladrón de Guevara, José Carlos Gallardo, el padre Gutiérrez Padial y Miguel Ruiz del Castillo, pues mi imaginación me lleva de inmediato a ese recital que tuvo lugar en la Casa de América allá por el mes de marzo de 1953, cenáculo que tuvo su continuidad, con paso firme y decidido, en la “Antología de la actual poesía granadina”, primer libro de la colección “Veleta al Sur”, auténtica joya de la reciente historia literaria de Granada.

Si con la muerte de Federico García Lorca se produce un anochecer en las veladas poéticas que tenían lugar entre el Darro y el Genil, cuyos suspiros se habían tornado en lamentos, con “Versos al aire libre” amanece la Poesía (sí, con mayúscula) en esta ciudad que nos tiene acostumbrados a albas que despuntan con silencios delatores y puestas de sol cuyo rojo anaranjado presagian, precisamente, ocasos de vidas... también literarias. Nombres de revistas como “Sendas”, “Avellano” o “Sonatada”, en cuyas fundaciones mucho tuvo que ver Julio Alfredo Egea, son buena prueba de lo que

afirmo: sentenciadas a desaparecer cuando aún no se habían desprendido de los pañales de la tipografía.

Me cabe el honor de abrir la puerta de esta Academia a uno de los componentes de la llamada “Generación de los 50”, al autor de “Desde Alborán navego” y “Arqueología del trino”; a un hombre vocacional que ha sido capaz, en tiempos de difícil subsistencia, de colgar una toga que le proporcionaba cierta estabilidad y vestir un chaqué (eso sí: a regañadientes, pero siempre con dignidad; y a veces con respuntes para tallas de mínimo porte) que si bien lo asomaba a la ventana de su verdadera inclinación, también lo hacía a la de la incertidumbre económica (siempre le ha gustado “vivir de la pluma”); a un poeta que se ha hecho, con todo merecimiento, un lugar en el Parnaso literario. Por todo ello, en nombre de mis compañeros, sé bienvenido a este foro de la palabra que es la Academia de Buenas Letras de Granada.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 27 de noviembre de 2007,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMVII